

GEORGES SIMENON

PIETR, EL LETÓN

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Pietr le Letton*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

PIETR LE LETTON © 1930 by Georges Simenon Limited,
todos los derechos reservados

«Pietr, el letón» © 2012 by Georges Simenon Limited,
todos los derechos reservados

GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados

MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados

© de la traducción, 2012 by José Ramón Monreal Salvador

© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya

© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (1983)

ISBN: 978-84-15689-00-3

DEPÓSITO LEGAL: B. 21 926-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

«EDAD APARENTE
32 AÑOS, TALLA 1,69...»

C.I.P.C. a la Sûreté, París;

Xvzust Cracovie vimontra m ghks triv psot uv Pietr el Letón Bremen vs tyz btolem.

El comisario Maigret, de la 1.ª Brigada Móvil, levantó la cabeza y tuvo la impresión de que el zumbido de la estufa de hierro instalada en medio de su despacho y unida al techo mediante un grueso tubo negro se iba debilitando. Dejó a un lado el telegrama, se alzó pesadamente, reguló la llave y echó tres paletadas de carbón en el hogar.

Tras lo cual, de pie, dando la espalda al fuego, cargó la pipa y se dio unos tirones del cuello de la camisa que, aunque muy bajo, le molestaba.

Se miró el reloj, que señalaba las cuatro. Su americana colgaba de un gancho detrás de la puerta.

Se dirigió lentamente hacia su mesa, releyó el telegrama y tradujo a media voz:

Comisión Internacional de Policía Criminal a Sûreté Générale, París:

«POLICÍA CRACOVIA SEÑALA PASO Y PARTIDA
PARA BREMEN DE PIETR EL LETÓN».

La Comisión Internacional de Policía Criminal (C.I.P.C.) tiene su sede en Viena y dirige la lucha contra el crimen organizado europeo, encargándose más concretamente de la conexión entre las diversas policías nacionales.

Maigret acercó un segundo telegrama, redactado tam-

bién en *polcod*, lenguaje secreto internacional utilizado en las relaciones entre todas las centrales de policía del mundo.

Tradujo mientras leía:

Polizei-praesidium de Bremen a Sûreté de París:

«PIETR EL LETÓN DETECTADO EN DIRECCIÓN
A ÁMSTERDAM Y BRUSELAS».

Un tercer telegrama, procedente de la Nederlandsche Centrale in Zake Internationale Misdadigers, el cuartel general de la policía holandesa, anunciaba:

PIETR EL LETÓN EMBARCADO A LAS 11 HORAS
MAÑANA COMPARTIMENTO G. 263 COCHE 5,
EN EL ÉTOILE DU NORD, DESTINO PARÍS.

El último telegrama en *polcod* procedía de Bruselas y decía:

VERIFICADO PASO PIETR EL LETÓN POR BRUSELAS
2 HORAS ÉTOILE DU NORD COMPARTIMENTO
INDICADO POR ÁMSTERDAM.

En la pared, detrás del escritorio, se desplegaba un inmenso mapa, ante el cual se plantó Maigret, imponente y macizo, con las manos en los bolsillos y la pipa en la comisura de la boca.

Su mirada se desplazó desde el punto que representaba Cracovia hasta el otro que indicaba el puerto de Bremen, y de ahí a Ámsterdam y a Bruselas.

Miró de nuevo la hora. Las cuatro y veinte. El *Étoile du Nord* debía de viajar a ciento diez kilómetros por hora entre Saint-Quentin y Compiègne.

No para en la frontera. Ni disminuye la velocidad.

En el coche 5, compartimento G. 263, Pietr el Letón se hallaba sin duda ocupado en leer o en contemplar cómo desfilaba el paisaje.

Maigret se dirigió hacia una puerta que daba acceso a un armario empotrado, se lavó las manos en un aguamanil de esmalte, se pasó un peine por entre el pelo espeso, de un castaño oscuro, en el que apenas se distinguía alguna que otra cana en torno a las sienes, luego se ajustó más o menos una corbata que nunca había conseguido anudar correctamente.

Era noviembre. Caía la noche. Por la ventana percibió un brazo del Sena, la place Saint-Michel, un lavadero flotante, todo en medio de una sombra azulada que iban constelando las luces de los faroles de gas.

Abrió un cajón y recorrió con la mirada un telegrama de la Oficina Internacional de Identificación de Copenhague:

SÛRETÉ, PARÍS.

PIETR EL LETÓN 32 169 01512 0224 0255 02732 03116
03233 03243 03325 03415 03522 04115 04144 04147
05221... ETC.

Esta vez se tomó la molestia de traducir en voz alta e incluso repetir varias veces, como un colegial que recita una lección:

—Datos señaléticos de Pietr el Letón: edad aparente 32 años, talla 1,69, dorso de nariz rectilíneo, base horizontal, prominencia máxima, tabique sin particularidad aparente, oreja reborde original, lóbulo grande y dimensiones pequeñas, antitrago prominente, límite pliegue inferior convexo, estructura formal rectilínea, particularidad surcos separados, ortognato superior, cara larga, bicóncava, cejas poco

pobladas rubio claro, labio inferior prominente, grueso, colgante, cuello largo, conjuntiva amarillenta, iris verdoso medio, cabello rubio claro.

Era el *retrato hablado* de Pietr el Letón, tan elocuente como una fotografía para el comisario Maigret. En él estaban trazados ante todo los rasgos esenciales: un hombre pequeño, delgado, joven, de pelo muy claro, cejas rubias y poco pobladas, ojos verdosos y cuello largo.

Maigret conocía además los menores detalles de la oreja, cosa que le permitía identificar con seguridad a Pietr el Letón en medio de una multitud, incluso maquillado.

Descolgó la americana, se la puso, se echó encima un pesado abrigo negro y se cubrió la cabeza con un bombín.

Una última mirada a la estufa, que parecía a punto de estallar.

Al fondo de un largo pasillo, en el rellano que hacía las veces de antesala, una recomendación a Jean:

—No te olvides de mi fuego, ¿eh?

En la escalera, le sorprendió el viento que se colaba y tuvo que buscar el amparo de un rincón para encender su pipa.

A pesar de la monumental vidriera, un viento huracanado barría los andenes de la Gare du Nord. Varios cristales se habían desprendido de la marquesina para estamparse entre las vías. El sistema eléctrico funcionaba mal. La gente hundía el cuello en sus prendas de abrigo.

Delante de una ventanilla, unos viajeros leían un aviso poco tranquilizador: «Tempestad sobre la Mancha».

Y una mujer, cuyo hijo partía para Folkstone, mostraba un rostro descompuesto y los ojos enrojecidos. Hasta el último momento estuvo haciéndole recomendaciones. Y él,

incómodo, tuvo que prometerle que no permanecería un instante en la cubierta del barco.

Maigret estaba de pie cerca del andén 11, en el que la multitud esperaba el *Étoile du Nord*. Todos los grandes hoteles, además de la Agencia Cook, tenían un representante.

Él no se movía del sitio. Otros, en cambio, se impacientaban. Una joven arropada en un visón, pero con medias de seda invisible, iba y venía taconeando.

Él permanecía allí, enorme, con sus hombros impresionantes que proyectaban una gran sombra. Le zarandeaban y no oscilaba, era como darle a un muro.

La luz amarillenta del tren asomó a lo lejos. Luego ya todo fue estrépito, gritos de los mozos de equipajes, y el laborioso caminar de los viajeros hacia la salida.

Desfilaron doscientos antes de que la mirada de Maigret captara entre el gentío a un hombrecito con un abrigo de viaje verde a grandes cuadros, cuyo corte y color eran de estilo claramente nórdico.

El hombre no se apresuraba. Le seguían tres mozos de equipajes. Un representante de un gran hotel de los Campos Elíseos le abría obsequiosamente paso.

«Edad aparente 32, talla 1,69..., dorso de la nariz...».

Maigret no se inmutó. Se fijó en la oreja. Eso le bastó.

El hombre de verde pasó muy cerca de él. Uno de los mozos de estación golpeó al comisario con una de las maletas.

En ese mismo instante, un empleado del tren echaba a correr, gritando a toda prisa unas palabras al colega que se encontraba al final del andén, cerca de la cadena que permitía cerrar el paso.

Se puso la cadena, y estallaron las protestas.

El hombre del abrigo de viaje estaba ya en la puerta de salida.

El comisario fumaba, con pequeñas chupadas rápidas. Se acercó al funcionario que había puesto la cadena.

—¡Policía! ¿Qué sucede?

—Un crimen... Se acaba de descubrir...

—¿En el coche 5?...

—Creo que sí...

En la estación, la vida seguía su curso. Sólo el andén 11 tenía un aspecto anormal. Quedaban cincuenta viajeros por salir. Y se les impedía el paso. Se impacientaban.

—Dejen el paso libre...—dijo Maigret.

—Pero si...

—¡Dejen el paso libre!

Miró pasar aquella última oleada. El altavoz anunciaba la partida de un tren de cercanías. La gente corría hacia alguna parte. Delante de uno de los vagones del *Étoile du Nord*, un grupito aguardaba algo. Tres hombres, en uniforme de la compañía.

El jefe de estación fue el primero en llegar, dándoselas de importante pero inquieto. Luego una camilla rodó por el vestíbulo y atravesó los grupos, en los que la gente, incómoda, la seguía con la vista, sobre todo los que iban a partir.

Maigret remontaba el tren, con su andar pesado, sin dejar de fumar. Coche 1. Coche 2... Llegó al coche 5.

Era allí donde había un grupo delante de la portezuela. La camilla se detenía. El jefe de estación escuchaba a los tres hombres que hablaban a la vez.

—¡Policía!... ¿Dónde está?

Le miraron con evidente alivio. Avanzaba con su mole plácida por entre el agitado grupo, y los otros pasaban a ser meros satélites.

—En el lavabo...

Maigret se alzó de puntillas y vio, a su derecha, la puerta del lavabo abierta. En el suelo, había un cuerpo encogido, doblado por la cintura, extrañamente contorsionado.

El jefe de tren, desde el andén, daba órdenes:

—Que lleven el vagón a una vía muerta... ¡Esperen! La 62... Y que avisen al comisario de la estación...

En un primer momento no vio más que la nuca del hombre. Pero, apartando la gorra, colocada de través, descubrió la oreja izquierda.

—«De lóbulo grande y de dimensiones pequeñas, anti-trago...»—masculló.

Había algunas gotas de sangre en el linóleo. Miró a su alrededor. Los empleados se habían quedado en el andén y en el estribo. El jefe de estación seguía hablando.

Entonces Maigret echó hacia atrás la cabeza del hombre y apretó con más fuerza la pipa entre los dientes.

Si no hubiera visto salir al viajero del abrigo verde, si no le hubiera visto dirigirse hacia un coche en compañía de un intérprete del Majestic, habría podido dudar.

Los mismos datos señaléticos. El mismo bigotito rubio, cortado en forma de cepillo, bajo una nariz de línea pronunciada. Las mismas cejas claras y poco pobladas. Las mismas pupilas de un gris verdoso.

En otras palabras, ¡Pietr el Letón!

Maigret no podía revolverse en aquel lavabo exiguo, en el que el grifo que alguien había olvidado cerrar continuaba manando y un chorro de vapor salía por una junta no estanca.

Tenía las piernas contra el cadáver. Le enderezó el busto, y vio, en el pecho, sobre la camisa y la americana, rastros de quemadura provocados por un disparo a bocajarro.

Era una gran mancha negruzca, con la que se mezclaba el púrpura violáceo de la sangre.

Un detalle sorprendió al comisario. Por casualidad, reparó en uno de los pies. Estaba colocado de través, torcido, como todo ese cuerpo que debieron comprimir para cerrar la puerta.

Ahora bien, el zapato, negro, era muy vulgar, barato. Saltaba a la vista que le habían puesto medias suelas. El tacón estaba gastado de un lado y, en medio de la suela se veía un agujero redondo, que el desgaste había ido haciendo lentamente.

Llegaba el comisario especial de la estación, con sus galones, seguro de sí, preguntando desde el andén:

—¿Qué ha sido esta vez?... ¿Un crimen?... ¿Un suicidio?... No toquen nada antes de que llegue la Comisión Judicial, ¿eh?... ¡Cuidado! ¡El responsable aquí soy yo!...

A Maigret le costó Dios y ayuda salir de aquel lavabo en el que estaba embutido entre las piernas del muerto. Con gesto rápido, profesional, le palpó los bolsillos, asegurándose de que estaban vacíos, completamente vacíos.

Bajó del vagón, con la pipa apagada, el sombrero ladeado y una mancha de sangre en el puño de la camisa.

—¡Vaya! Pero si es Maigret... ¿Qué piensa usted de esto?...

—¡Nada! Prosigan...

—Un suicidio, ¿no?...

—Si a usted le parece... ¿Ha telefonado al juez de guardia?...

—En cuanto me avisaron...

Una voz tronaba en el altavoz. Algunas personas, al darse cuenta de que pasaba algo anormal, miraban de lejos el tren vacío, el grupo inmóvil cerca del estribo del coche 5.

Maigret dejó plantado a todo el mundo, salió de la estación y llamó un taxi.

—¡Al Majestic!...

La tormenta arreciaba. Los torbellinos que recorrían las calles daban a los transeúntes siluetas de borrachos. De alguna parte cayó una teja sobre la acera. Los autobuses pasaban a gran velocidad.

Los Campos Elíseos se habían transformado en una pista casi desierta. Empezaban a caer gotas. El portero del Majestic se precipitó hacia el taxi con su enorme paraguas rojo.

—¡Policía!... ¿Ha llegado un cliente en el *Étoile du Nord*?

De golpe, el portero cerró el paraguas.

—¡Sí, ha llegado uno!

—Abrigo verde... Bigote rubio...

—Así es, vaya a recepción...

La gente corría para escapar al aguacero. Maigret entró en el hotel justo a tiempo de evitar unas gotas de lluvia del grosor de una nuez, frías como el hielo.

Detrás del mostrador de caoba, empleados e intérpretes rivalizaban en elegancia y corrección.

—¡Policía!... Un viajero con un abrigo verde... Bigotito ru...

—En la 17... Le están subiendo el equipaje...